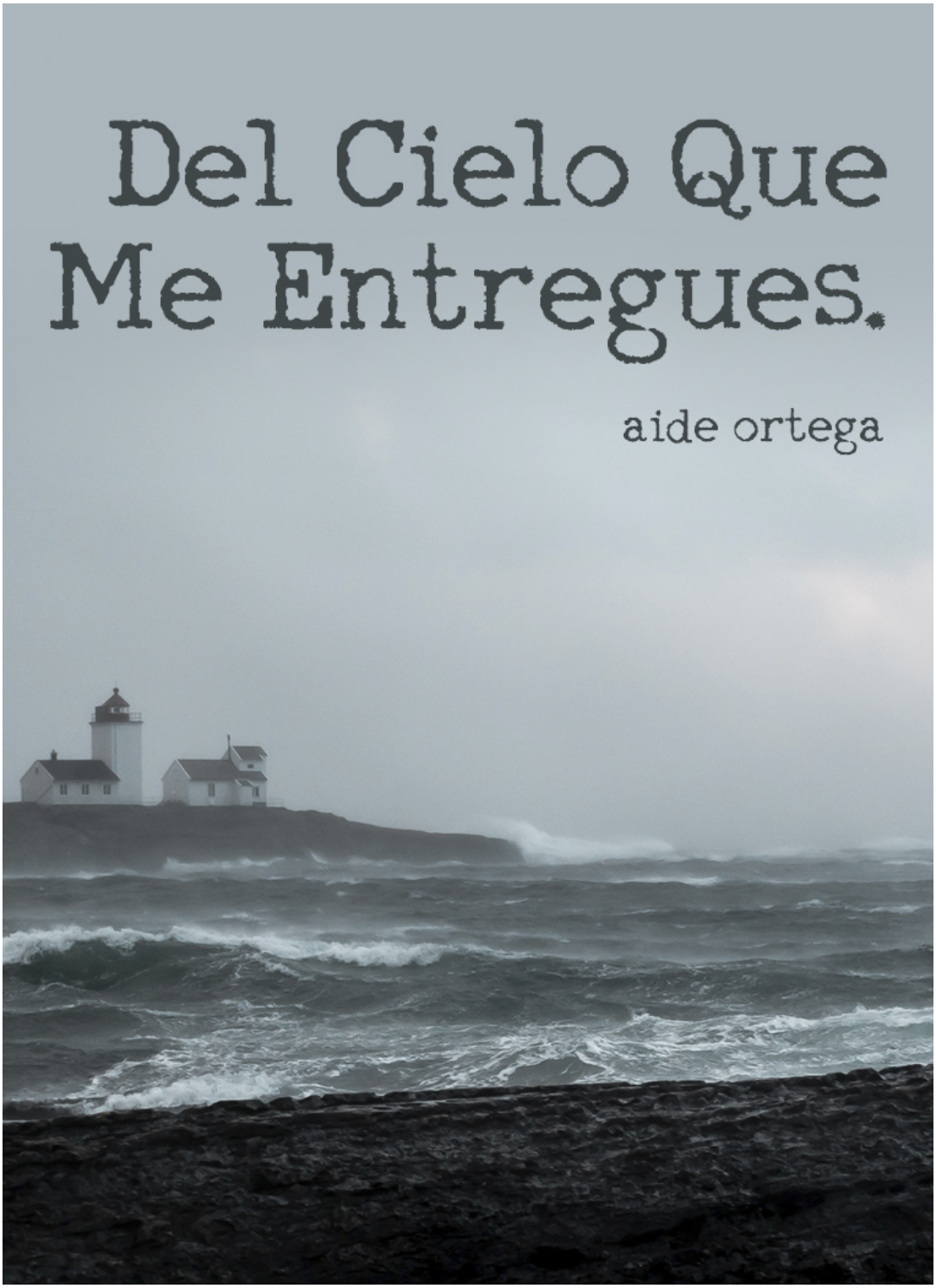
Del Cielo Que Me Entregues.

Aide Ortega



Capítulo 1

1

PETRICOR

Como muchas historias, esta empieza con dos muertes, la muerte de mi esposa y la mía. Ella falleció antes que yo, un 28 de abril. Me faltaban dos meses para cumplir los treinta y tres. El cielo estaba radiante, los árboles en flor. Seguro que muchas personas estaban teniendo el mejor día de sus vidas mientras yo estaba catatónico en una banca de hospital.

Miraba sin mirar, mis globos oculares clamaban porque pestañeara, pero yo me negaba. El dolor físico me distraía del otro dolor. Solo podía mirar aquella lámpara de luz blanca en el techo. Alguien me habló y mis ojos se cerraron automáticamente, sin que pudiera evitarlo. Los mantuve cerrados, disfrutando de aquel agradable ardor. A la fecha, no puedo recordar quién llamó mi atención ni lo que me dijeron; tal vez fueran esas palabras que todo mundo suele reciclar con incomodidad cuando sucede algo así: "Resignación". "Está en un lugar mejor". "Las cosas pasan por una razón". "Ha dejado de sufrir".

No puedo hablar por todos los que han perdido a un ser querido, pero esas palabras no alivian en absoluto dolor alguno. Saciedad Semántica. Las escuche tantas veces en esos meses que siguieron que dejaron de tener significado. Ella me explicó ese término. Saciedad semántica. Sara, mi esposa, era increíblemente curiosa con ese tipo de datos que no toda la gente conoce. Me dijo el nombre que recibe el olor de la tierra cuando llueve. A todo mundo le gusta pero nadie sabe que se denomina como Petricor. Solía decir que, esa colección de datos, podían salvarle de un silencio incómodo. La verdad es que nunca llegué a saber si había sido así. En todas las reuniones sociales que estuve con ella, nunca tuvo la necesidad de echar mano de su biblioteca mental de datos curiosos. Tal vez solo la estoy idealizando, tal vez no; ahora mismo solo sé que brillaba por sí misma. Era ingeniosa y siempre me maravilló la facilidad con que regresaba las pullas que le hacían. Muchas veces eran insultos dichos de una manera tan brillante que la persona en cuestión no se enteraba de nada. Como mucha gente, yo suelo ser muy lento para ese tipo de cosas y se exactamente lo que pude decir uno o dos días después, mientras estoy frente al espejo del lavabo lavándome los dientes o en el sanitario.

Su risa era franca y estentórea, enseñaba todos los dientes y hasta su corona metálica en el primer molar que le habían puesto en su adolescencia. Recuerdo que al principio de nuestra relación me causaba algo de incomodidad su manera de reir casi a gritos. Luego conocí a su

familia y supe que era un rasgo genético.

Petricor…

Nunca llegué a saber si la utilizó y me está carcomiendo por dentro. Cada vez que la idea se desliza a mi cerebro, es un detonante con el que me hago ovillo y lloro hasta quedarme dormido. Su gusto por esas palabras era uno de los menores rasgos de su personalidad, muy poca gente conocía esa obsesión suya. Al mismo tiempo, esa dedicación e importancia que le daba a esa clase de conocimiento y al hecho de que lo ocultara tan bien a los demás, hacía que fuera algo que la definía como persona. No sé si me explico.

Me está destruyendo. Ya nunca podré saber si esa pequeña particularidad la salvó en un silencio incómodo. ¿Por qué no lo sé? ¿Por qué no puedo recordar si en alguna plática salió a relucir el petricor? Sé que debería de recordarlo pero no puedo, y eso me está matando.

Nuestra historia no fue la gran historia de amor que todo mundo espera tener. A mi parecer, es bastante sosa y trillada. No menos diferente al hecho de que nuestra canción, esa que tocan como primer baile de esposos; también es la canción de un millón de personas en el mundo, como dicen los cínicos del amor. Tal vez sea por el hecho que soy hombre y que nosotros no solemos darle importancia adecuada al amor, como me han dicho mis amigas miles de veces. Yo me encojo de hombros y tuerzo un poco la boca para decir: "Es lo que es, ni más ni menos". Aunque eso es ridículo, conozco tipos que son más empalagosos que un pastel de cajeta en un caluroso día de mayo.

Siempre he creído que no importa cómo empieza algo, lo importante es terminarlo. Y nosotros íbamos por buen camino. Sé que cinco años de matrimonio es poco pero, para mí, y que nadie se atreva a contradecirme, fueron de los mejores años de mi vida: amor, pasión, dulzura, glotonería. Engordé unos cuantos kilos, que estos meses de su fulminante enfermedad bajé con creces. Íbamos por un muy bien camino. ¡Maldita sea!

Nos conocimos en mi clínica veterinaria. Ella llevaba una gata gris extremadamente obesa. Le enumeré todas las dificultades de salud que podría tener si no la bajaba de peso. Pero esa gata era su punto débil y el bicho sabía cómo manipularla. Así que la gata siguió enfermándose continuamente hasta que finalmente tuve que ponerla a dormir.

Siempre temí que me viera como el tipo que mató a su gata, pero pareció estar bien con eso. Ella lloraba, yo vi una oportunidad y la abracé ofreciéndole consuelo. Le pregunté si le gustaría salir alguna vez. Ella me miró con el rímel corrido por toda su cara, los ojos rojos y la nariz

chorreante. Yo la vi hermosa. Díganme si no es amor eso.

Nos casamos un año después. Ella trabajaba en un buffet de arquitectos como secretaria. Nos íbamos juntos todas las mañanas. Casi siempre, yo llegaba a casa primero. Ventajas de ser tu propio jefe. Cenábamos juntos en la cama viendo alguna película o serie en Internet.

Los cinco años pasaron volando. Como la gente anciana dice, los años pasan sin que los sientas. Me imagino que la vida es como una ola que te toma por sorpresa y te arrastra hasta que la arena se mete por todas partes. Sin poder evitarlo, tragas agua salada que te revuelve el estómago, puedes salir a respirar un poco, pequeños momentos de esperanza, de creer que vas a estar bien; pero, de inmediato, te vuelve a hundir, te raspas la piel con la arena y las pequeñas conchas. Al final sales sin fuerzas del agua arrastrándote y dejándote caer sobre la arena a recuperar aliento.

Sin embargo, media hora después, ya recuperado, vuelves al mar con el pensamiento de que eres más sabio y experimentado, de que ninguna ola te volverá a tomar por sorpresa y a arrastrar, así que avanzas un poco más a mar abierto, engreído y presuntuoso. Pero más tarde que temprano te das cuenta que el mar es engañoso y a pesar de todo el conocimiento que ahora crees tener, esa ola que se veía pequeña e inocente, en un segundo se transforma en un tsunami de realidad que te arrastra y te ahoga una vez más.

Eso es la vida, un ciclo interminable de olas engañosas.

Y en esos momentos, yo estaba pagando el precio por haber pensado que podía adentrarme más, por pensar que finalmente podía sortear todos los embates que el mar embravecido me mandara. Estaba en medio de la ola más alta y violenta de toda mi vida, siendo llevado de aquí hacia allá como una bolsa sin voluntad ni libre albedrio; la arena me estaba despellejando como no tienen idea.